

Estimada señora Bastos:

La razón le sobra. Me comprometí a colaborar en el número especial de SUR sobre España, y han transcurrido todos los plazos sin que haya puesto manos a la obra. Mea culpa. Ya que es tarde, y con escaso tiempo para expedir una colaboración decorosa, acaso me sea permitido eludir la responsabilidad del modo como los escritores cultivan este arte: con una treta. Los gentes de ese gremio las tienen en abundancia: la de la "Carta al Director" o, como en el caso presente, la de la "Carta a la Secretaria de la Redacción", no es de las menos conocidas. Pero yo no la había practicado nunca; casi se me antoja una gran novedad.

Pensándolo bien, es probablemente el único modo ^{honesto} ~~decoroso~~ de responder a su petición. Pues resulta que lo que tengo que decir, lo poco que tengo que decir, sobre el asunto que usted benévolamente me ha infligido, encaja mejor en el género epistolar, aunque sea un género epistolar un tanto trucado, que en el artículo o en el ensayo. Estos últimos tienen sus exigencias; ante todo, tienen realmente que decir algo. Pero lo que tengo yo que decir sobre el tema que usted me propone, es lo que más se parece a no "decir" nada. Para tal fin no hay como las estafetas, transparentes o no. Iré al grano: tengo menos que decir que lo que tengo que preguntar.

Me pidió usted en su tiempo, con excesiva confianza en mis capacidades, que desarrollara "el tema de la hipotética unidad

del pensamiento español". Agregaba usted que podía acaso tratar el tema "comparando la situación anterior a la Guerra Civil con la actual". Me fijaba usted un máximo de ocho carillas. Para decir algo, no son ni para empezar. Para expresar la perplejidad, sobran casi todas. Lleguemos a un acuerdo; llenaré las carillas que ~~alcanzo a llenar~~^{pueda} con lo único que por ahora se me alcanza: preguntar.

Por lo pronto, le haré algunas preguntas a usted, pero ni que decir tiene que mis preguntas serán puramente retóricas. No ~~es~~^peran respuesta; sólo una miaja de consideración.

¿Qué quiere usted decir al escribir "la hipotética unidad del pensamiento español"? ¿Es que se supone que el pensamiento tiene alguna unidad o, mejor, debe tenerla, y ahora resulta que en la España actual tal unidad es hipotética? La confieso que la expresión "unidad del pensamiento" me trae de cabeza. Por si fuera poco, el vocablo "pensamiento" me deja algo desazonado. ¿Se trata del pensamiento filosófico? Me imagino que por ahí debe de andar la cosa, pero no estoy muy seguro; al fin y al cabo, hay turbadoras razones para sospechar que filosofía y pensamiento no hacen siempre buenas migas. ¿O se trata de un pensamiento que sería algo así como la clase de todos los pensamientos? ¿De un pensamiento que se expresa a menudo filosóficamente, pero que en ocasiones irrumpe poéticamente, o quién sabe de qué desusadas maneras? Ya le dije: apenas comienzo a tocar el asunto, se me deshace en interrogaciones.

Se alegrará que habría un modo de contestar a estas preguntas: reseñar lo que en la España actual --peninsular y peregrina-- se ha hecho durante los últimos veinte años, en materia de pensamiento, filosófico o no, y pedir al lector que concluyera por sí mismo si hay "unidad" subyacente. Pero aparte de que ello ~~xxi~~ requeriría algo más que ocho carillas, barrunto que poco, o nada, podría concluirse de tan esforzada retahila. Ni respecto a España ni respecto a ^{Turquía.} ~~XXXXXXXXXXXX~~ Sólo podría concluirse algo si hubiera una conclusión de antemano. Mas la enumeración resultaría entonces harto sospechosa; tales enumeraciones van siempre en camino de llevar trigo al molino del enumerador.

Mas, ¿no estaré cortando pelos en cuatro, y hasta en sesenta y cuatro? Porque su petición podría muy bien ser harto simple. Por ejemplo, podría querer decir: ¿hay en el pensamiento español actual algunos rasgos predominantes, ~~en~~ no en lo que toca a su contenido, sino al "modo de pensar"?

He escrito "harto ~~xxx~~ simple", aunque, por supuesto, no lo creo ni pizca. Iba a decir, al orteguiano modo, que la cosa es pavorosa, pero por alguna razón me he detenido a tiempo. La cosa no es pavorosa. Y ahora sí que empiezo a ver algo, si bien tan tenuamente, que sólo el hecho de que esto ~~sea una~~ ^{tenga visos de} carta --por trucada que sea-- me da fuerzas para ^{intentar} apresarla.

El orteguiano modo, que ^{por} por buenas o malas nos ha nutrido a todos, y sin el cual ninguno de nosotros --ponga usted en "nosotros" a quienes guste, que siempre será buena copia de gentes--

sería lo que ha sido, o es, constituyó algo así como "la unidad del pensamiento español" durante algunas décadas. Para ser verídico debería agregar que ese orteguiano modo no era el único presente; ~~existente~~ no vayamos ahora a olvidar lo que los españoles debemos, en materia de pensar, a figuras tan arrebatadoras como Unamuno, para mencionar sólo a otro de los realmente "grandes". Mas para los españoles de mi generación, lo que hubiese de modo unamuniano --o de modo husserliano, o heideggeriano, o wittgensteiniano, o lo que fuese-- estaba entretelado con el modo orteguiano. Esa "unidad" ha desaparecido. No es que Ortega sea hoy menos importante que lo que fué; es que, por razón del tiempo, es importante de otro modo. Por eso no escribo "la cosa es pavorosa". Ya sé que para el propio Ortega tampoco, en rigor, lo era. Pero era su manera el decirlo. Ahora quizás la cosa sea pavorosa, pero no lo decimos. Los españoles de hoy con vocación de pensar --si se me cuenta entre ellos-- no tenemos ya una "manera" de decir.

Me temo, señora Bastos, que esté comenzando a pisar un territorio densamente minado. Ya me parece oír las explosiones: "Alabado sea Dios, dirán unos, por fin nos hemos zafado de todo 'manerismo'; ahora podemos volver a ser de verdad neotomistas, o neosuarecianos, o neodonosianos, etc. etc.". "La historia sigue su marcha, clamarán otros; ahora podemos ser a fondo neomarxistas, o neoexistencialistas, o neopositivistas, etc. etc.". "¡Traición!, vociferarán por otros barrios; ¿cómo se puede ata-

car con tal felonía a nuestros jefes espirituales sin los cuales, etc. etc.?" Pero sospecho que esas hipotéticas explosiones serían puras salvadas. El hecho de que no tengamos ya una "manera" de decir no significa ni que nos saltemos a nuestros maestros a la torera, ni que los hayamos sustituido por "maneras" supuestamente más actuales o, según los gustos, más tradicionales. Significa justamente lo contrario: que ya no juramos por una determinada manera, por excelsa que sea. Que estamos buscando decir, como se pueda, algo original, sin siquiera preocuparnos de si, a la postre, va a serlo. Parece como si todos hubiesemos leído una frase de Valéry: la originalidad es ~~EMERX~~ asunto de estómago. Digerir bien es lo principal; luego, Dios dirá. Lo importante es ser veraz. Por ejemplo: no sacrificar el pensamiento a una frase. Por ejemplo: estar atento a lo que pasa en el mundo y a lo que se hace en el mundo. Por ejemplo: ser "europeo" sin discutir si ser europeo es saludable o pernicioso. Por ejemplo: no hablar de física sin saber de qué se trata. Y así sucesivamente. En suma: adoptará las maneras de decir que correspondan a las maneras de pensar, y las maneras de pensar que correspondan a las maneras de ver --y de conocer--. Que todo ello está atado a cierto "talante" intelectual, me parece poco dudoso. Pero este "talante" no es una "manera": es la posibilidad de muchas "maneras". Es el talante de la veracidad, de la sobriedad, de la exactitud. Es el talante de la buena, sólida, pausada información --lo opuesto a la tediosa,

confusa, ^{de}intuít erudición--.

Podemos hacer o, mejor, intentar hacer todo eso justamente porque hemos digerido a nuestros maestros y ya no pasamos el tiempo zangoloteándolos ^{tomándolos} como gallardetes --o como blancos-. Todo eso, ya lo sé, es sumamente vago --aunque para buenos entendedores sea quizás demasiado claro y no poco tajante--. Para tirarme de la lengua me preguntará usted acaso de qué hablo, o por lo menos -- si no sobre todo-- de quiénes hablo. Y me pondrá usted, por supuesto, en un aprieto. Por fortuna, éstas páginas no pretenden ser ni un índice de nombres ni un índice de materias. Pretenden ser un rimero de preguntas --y de pinchazos--. En vista de lo cual acaso baste, para concluir, adelantar lo siguiente: que quienes en la España actual, interna y externa, realmente piensan --no los que sólo impugnan, defienden o retumban-- van en camino de encontrar un modo de pensar que no está dispuesto a comulgar con ruedas de molina. Esa es su unidad --su "unidad hipotética"--. En unidad semejante no puede darse mayor variedad.

He dicho que me iba a limitar a hacer preguntas, y ya ve usted que me he disparado con harto gratuitas respuestas. Pero ya sabe usted que hay modos de responder que son sólo maneras de preguntar.

Mi sincero agradecimiento, a doña Victoria Ocampo y a usted, por la idea de consagrar un número especial de SUR a España. Esta noción desafortunada se merece algo más que lo que se suele

hacer con ella: confundirla con un hato de clérigos, beatas, cantaores o dinamiteros. Un sueño para turistas de modestos ingresos y para novelistas a la caza de escalofríos.

Considéreme su servidor y amigo,

Jose FERRATER MORA